

Cuarta Clase

EL ACONTECIMIENTO CRISTIANO

“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.”

BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, n.1.

“El cristianismo no es teoría, ni moralismo, ni ritualismo, sino acontecimiento, encuentro con una presencia, con un Dios que ha entrado en la historia y que sigue entrando continuamente en ella.” JOSEPH RATZINGER, *La fe como acontecimiento, Está porque actúa*, p. 90.

El Cristianismo antes que ser un conjunto de doctrinas o reglas para la salvación es, pues, el «acontecimiento» de un encuentro.” JUAN PABLO II, *Carta por el vigésimo aniversario de la Fraternidad de Comunión y Liberación*, Roma 2002;

“El verdadero drama de la Iglesia a la que le gusta llamarse moderna es el intento de corregir el estupor del acontecimiento de Cristo con reglas.”

JUAN PABLO I, en *Humiliter*, 3-2001, p.10.

«Acontecimiento» es la palabra más difícilmente comprendida y aceptada por la mentalidad moderna y, en consecuencia, también por todos y cada uno de nosotros.

LA DINÁMICA HISTÓRICA DEL ACONTECIMIENTO CRISTIANO: EL ENCUENTRO

¿Cómo se ha manifestado el acontecimiento de Cristo en la historia?

El punto de partida de nuestra reflexión es el primer capítulo del Evangelio de Juan: en esa página se encuentra la afirmación teológica, el anuncio explícito, *“El Verbo se ha hecho carne”* (Jn 1, 14) pero también la descripción del primer momento en que *“sucedió el hecho”*, el *encuentro* de Juan y Andrés con Jesús, su convivencia con él, el inicio de su fe en Jesús (Jn 1, 35s).

Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús que pasaba, dice: «He ahí el Cordero de Dios.» Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y al ver que le seguían les dice: «¿Qué buscáis?» Ellos le respondieron: «Rabbí - que quiere decir, “Maestro” - ¿dónde vives?» Les respondió: «Venid y lo veréis.» Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima. Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Este se encuentra primeramente con su hermano Simón y le dice: «Hemos encontrado al Mesías» - que quiere decir, Cristo. Y le llevó donde Jesús. Jesús, fijando su mirada en él, le dijo: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas» - que quiere decir, “Piedra”. Al día siguiente, Jesús quiso partir para Galilea. Se encuentra con Felipe y le dice: «Sígueme.» Felipe era de Betsaida, de la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe se encuentra con Natanael y le dice: «Ese del que escribió Moisés en la Ley, y también los profetas, lo hemos encontrado: Jesús el hijo de José, el de Nazaret.» Le respondió Natanael: «¿De Nazaret puede haber cosa buena?» Le dice Felipe: «Ven y lo verás.» Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño.» Le dice Natanael: «¿De qué me conoces?» Le respondió Jesús: «Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.» Le respondió Natanael: «Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.» Jesús le contestó: «¿Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores.» Y le añadió: «En verdad, en verdad os digo: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.»

(Jn 1,35-51)

La descripción del encuentro de los primeros discípulos con Jesús señala que es un suceso normal en la dinámica ordinaria de la vida. Se nota una profunda «naturalidad» en lo que relata Juan, y en el mismo

tiempo la evidencia de algo fuera de lo normal que acaece. Pero, ¿cómo pudieron esos dos primeros, Juan y Andrés, ser conquistados tan rápidamente por él y reconocerle («Hemos encontrado al Mesías»)? Hay una desproporción aparente entre la forma extremadamente simple de lo ocurrido y la certeza que mostraron tener los dos.

1. La primera característica del acontecimiento cristiano es de ser un encuentro **concreto** y “**ordinario**”, en la forma en que ocurre.
2. La otra característica es la **excepcionalidad** del hecho:

“¿Cuándo puede decirse que algo es excepcional? (...) Algo es excepcional cuando corresponde a los criterios con los cuales se vive la vida (...) a la «experiencia elemental», a las exigencias más profundas del corazón, es decir, aquellas con las que se vive y se juzga todo, cuando corresponde a las exigencias más naturales y completas del corazón, cuando realiza lo que la vida espera, entonces es excepcional.”
LUIGI GIUSSANI, *¿Se puede vivir así?*, p. 45.

Lo que debería ser normal, es decir encontrar respuesta a las exigencias del corazón, es tan improbable en la experiencia existencial del hombre, que cuando encuentra algo que corresponde lo vive y lo percibe un hecho excepcional. Para Juan y Andrés lo que hace fácil reconocer a Cristo es el carácter excepcional del que aparece dotada su figura. Fácil es también vivir la relación con él, por la *simpatía* espontánea que nace del reconocer la “*correspondencia*” con las exigencias del corazón humano. La palabra “*acontecimiento*” describe pues el método de Dios al revelarse.

“El modo con el que Dios ha entrado en relación con nosotros para salvarnos es un acontecimiento, no un pensamiento o un sentimiento religioso. Es un hecho acontecido en la historia que revela quién es Dios e indica lo que Dios quiere del hombre, lo que el hombre debe hacer para su relación con Dios. (...) El acontecimiento de aquella presencia humana excepcional, se presenta como el método elegido por Dios para revelar al hombre él mismo, para despertarle a una claridad definitiva respecto a los factores que lo constituyen, para abrirle al reconocimiento de su destino.” LUIGI GIUSSANI, STEFANO ALBERTO, JAVIER PRADES, *Crear huellas*, pp. 21-22.

Si el acontecimiento cristiano, el hecho del encuentro con Cristo es el método de Dios para revelarse, es porque corresponde plenamente a la estructura de la relación humana con la realidad. Hay que anotar que la experiencia Cristiana no es otra cosa respecto a la experiencia *tout-court*: se trata de un acontecimiento dentro de la dinámica normal de la vida, y para entenderlo hay que vivir un compromiso real con la experiencia humana misma.

QUÉ ES UN ACONTECIMIENTO.

En cualquier acontecimiento tenemos que considerar dos elementos:

1. un aspecto ontológico, es decir, qué se entiende con la palabra acontecimiento
2. otro, importantísimo, gnoseológico.

Decía Peguy en Notre jeunesse: «Lo más imprevisto que existe es siempre el acontecimiento».

Un acontecimiento, es decir, «algo» que irrumpe de improviso: no-predecible, no-previsto, que no es consecuencia de factores antecedentes. La palabra que más se acerca a «acontecimiento» es, en efecto, la palabra «casualidad»; la palabra «casualidad» se refiere a algo cuya presencia no se explica a simple vista ante nuestra mirada. Podemos decir que un acontecimiento es algo puramente casual en último término para nuestra razón, para nuestra capacidad. Para nuestra capacidad de investigar y captar las cosas, un acontecimiento es precisamente un acontecimiento por lo que tiene de inaferrable, por tener algo que se nos escapa.

Boecio, recordando a Aristóteles, define la *casualidad* como un efecto superior a la suma de las causas conocidas. Pone a propósito el ejemplo de un campesino que está labrando el campo y encuentra un tesoro enterrado: al descubrirlo emerge a su conciencia un conjunto de causas que él no podía conocer anteriormente y amplían su conocimiento. A.M. Severino Boecio, *De consolacione philosophiae*, V, prosa 1, 12-19. Cf. Aristóteles, *Physica*, II, 4-5, y *Ethica Nicomachea*, III, 5.

Evidentemente el primer acontecimiento es la creación entera, todo instante de la experiencia humana es un suceder de acontecimientos. La realidad como provocación, como promesa, que hace descubrir al corazón, provocado por ella, el llamado de algo que no está en el horizonte de lo ya conocido, algo más allá. Entrever la relación de cada cosa con algo diferente, más allá, es fruto del darse de la realidad como acontecimiento. Podemos definir la ontología del acontecimiento como la transparencia de lo real que emerge en la experiencia en cuanto proveniente del Misterio – esto es, de algo que nosotros no podemos poseer ni dominar -. En este sentido podemos añadir que un acontecimiento es por naturaleza propia una novedad. El crítico francés Alain Finkielkraut afirma en una entrevista sobre la actualidad que tiene Peguy:

«Un acontecimiento es algo que irrumpe desde fuera de nosotros. Algo imprevisto. Este es el método supremo del conocimiento. Necesitamos devolver al acontecimiento su dimensión ontológica de nuevo comienzo. Es una irrupción de lo nuevo lo que rompe los engranajes consabidos, que pone en marcha un proceso». Alain Finkielkraut, *Sacaré a Peguy del ghetto*, 30Días, 6-1992, pp.58-61.

Conocer es encontrarse frente a algo nuevo, algo extraño a uno mismo, no construido por nosotros, algo que rompe los engranajes de las cosas ya establecidas, de las definiciones previamente sentadas. Es lo que hacía observar a Cesare Pavese: *«Hace falta una intervención desde fuera para cambiar de dirección»* Cesare Pavese, *El Oficio de vivir*, p.14.

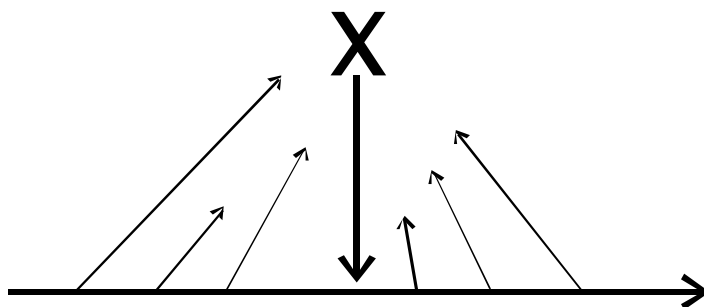
El acontecimiento es pues, capital para cualquier clase de «descubrimiento», para todo tipo de conocimiento.

EL ACONTECIMIENTO DE LA ENCARNACIÓN DE CRISTO

El Misterio de la Encarnación es un Acontecimiento imprevisible por el hombre, pero sumamente «conveniente» para él, correspondiente a su naturaleza. En *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Luigi Giussani dedica unas cuantas páginas significativas a la conveniencia de la Encarnación por el hombre y por su esfuerzo religioso. LUIGI GIUSSANI, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, pp. 37-45.

Un esquema puede representar la novedad de la Encarnación:

Así Giussani explica su significado, considerando a la Encarnación como hipótesis dentro de la exigencia humana de una revelación.



“La línea horizontal representa la trayectoria de la historia humana, sobre la que se cierne la presencia de una X; destino, hado, quid último, misterio, «Dios». En cada momento de su trayectoria histórica, la humanidad ha intentado, teórica o prácticamente, entender la relación que existía entre su propia realidad contingente, el punto efímero que representa, y su sentido último; ha intentado imaginar y vivir un vínculo entre lo efímero que le es propio y lo eterno. Supongamos ahora que el enigma de la X, la presencia enigmática que se cierne sobre el horizonte, sin la cual la razón no podría ser razón, puesto que es afirmación del significado último, penetrara en el tejido de la historia, entrase en el flujo del tiempo y del espacio y, con una fuerza expresiva inimaginable, se encarnase en un «Hecho» entre nosotros. Pero, en esta hipótesis, ¿qué significa encarnarse? Significa suponer que esta X misteriosa se haya convertido en un fenómeno, un hecho normal registrable en la trayectoria histórica y que actúa sobre ella.” LUIGI GIUSSANI, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, pp. 37-38.

Considerando la Encarnación como hipótesis en el panorama de las construcciones e imágenes religiosas, de esta posibilidad proceden dos consecuencias:

1. en primer lugar que el camino fraguado por la Encarnación sería el **único verdadero** entre las tantas religiones y tentativas humanas, no por ser *falsas* esas tentativas, sino por ser la Encarnación el camino trazado por Dios mismo.
2. en segundo lugar, ese hecho implicaría un **cambio radical** del método religioso, porque ya no sería central un esfuerzo intelectual, moral, imaginativo para llegar a alcanzar a Dios, sino la *experiencia* de algo presente, cosa posible a todos, y en la que más bien está favorecido el más sencillo, el más atento a la realidad de la vida.

Reconocer al cristianismo como acontecimiento significa darse cuenta de que hay una verdadera coincidencia entre la realidad que podemos experimentar y el Misterio.

En un punto concreto está presente el Misterio, ya no sólo por analogía, como en el caso de todos los objetos de la experiencia y del conocimiento humanos, sino, en el caso de Cristo, como verdadera coincidencia. Todo existente es signo del Misterio, toda la realidad indica el Otro que está más allá de lo sensible, y del que todo depende, pero en la Encarnación Misterio y signo coinciden.

UNA DIFICULTAD PARA ENTENDER ACONTECIMIENTO COMO MÉTODO.

La experiencia de Cristo como acontecimiento es el origen de la comprensión del hecho Cristiano.

Hay algunas graves reducciones que afectan al Hecho cristiano y, en general, a la relación del hombre con la realidad.

La reducción del signo a apariencia: si hemos visto que todo es signo del misterio, y que el vértice de esta dinámica analógica de todo lo real se alcanza en la experiencia del acontecimiento de Cristo, en el cual Misterio y signo coinciden, la “*gran tentación del hombre*” de agotar el signo en su aspecto inmediatamente perceptible, es una reducción que lleva a una gran degradación y a un gran desastre.

“*La ideología no es la ingenua aceptación de lo visible, sino su inteligente destitución*”. HANNA ARENDT, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid 2002, p. 696.

Elimina la función de signo que toda cosa tiene por su naturaleza, se borra su relación con la totalidad, y tiende a afirmar que lo concreto es lo aparente. ¿Cómo no ver en esta reducción el origen también de la mentalidad criticista que ha separado totalmente el Jesús de la historia del Cristo de la fe?

Otra reducción es la del *corazón*, de la experiencia elemental, es decir del criterio de juicio sobre la experiencia al sólo *sentimiento*. Perdiendo de vista la exigencia de totalidad constitutiva del corazón humano, se hace coincidir el deseo con la reacción instintiva. Así que se pierde la capacidad de reconocer un acontecimiento como correspondiente a la sed de infinito que constituye el corazón humano.

Recapitulando algunos de los pasos recorridos, el concepto de *acontecimiento* resume en primer lugar la estructura misma de la relación humana con la realidad, del conocer y de la experiencia como juicio sobre lo vivido, porque lo real es acontecimiento, presencia para el yo. Es acontecimiento que acaece provocando la libertad del hombre que lo reconoce: en él, el Ser viene al encuentro del hombre desde el más allá (e-venio). En la experiencia del acontecimiento el Ser, a través de las cosas, que actúan como signos, se revela quedando velado. Se puede reconocer en este planteamiento el tema clásico de la distinción real entre *ser* y *ente*, “*atraviesa*” las cosas sin fragmentar su unidad. El ser atraviesa el signo para darse a conocer, pero sin destruir la *entidad* del signo. El Ser llama a la criatura según la dinámica de la experiencia, en la que todo es acontecimiento que remite al más allá, que se asoma a la conciencia del hombre para ser reconocido. En el caso del acontecimiento de Cristo el misterio se dona *totalmente* a través del signo, y en Cristo “*signo y misterio coinciden*”. Por eso en el acontecimiento de Cristo el Misterio se revela definitivamente.

La pretensión que tiene la mentalidad dominante es que se pueda hablar de Dios prescindiendo de Cristo. Sin embargo, respecto al Misterio, lo que se nos ha dicho, lo que nos comunicó el Misterio mismo, lo que se nos ha dado en la Revelación es el hombre Jesucristo, es el hombre Cristo. Esta es la síntesis y el centro de toda la comunicación de sí mismo que el Misterio ha tenido a bien manifestar a la criatura humana. El Verbo

se ha hecho carne para esto. «Felipe» decía una vez Jesús al apóstol, «quien me ve a mí, ve al Padre» (Jn 12, 45) No podemos conocer a Dios más que a través de Cristo (Jn 1,18) No existe conocimiento del Misterio – que no sea una interpretación reductiva del hombre - , si no es a través de ese Hombre, Jesús de Nazaret, al que Dios asumió en su naturaleza para expresarse al hombre, para comunicarse al hombre como Misterio. Sólo de este modo: hombre y Misterio.

A través de la relación con Cristo, por su imitación, el hombre puede conocer y experimentar el significado de todos los acontecimientos de su vida. Lo que revela el Misterio es un acontecimiento singular, histórico, en el cual se manifiesta el sentido de todo. Por eso la fe cristiana no puede de ninguna manera reducirse a un genérico creer en Dios, que significaría todavía quedarse en la incertidumbre de las imágenes y de los intentos de la razón frente al signo, la fe consiste, más bien, en el reconocimiento de una Presencia dentro de la vida.

SENTIDO RELIGIOSO Y FE

Un nudo interesante de la reflexión sobre el acontecimiento de Cristo es la distinción entre *religiosidad* en sentido genérico, amplio, y *fe cristiana*, que se hace cada vez más difícil en la cultura contemporánea, vaciando así la novedad del acontecimiento de Cristo.

“La incompreensión y la hostilidad de la mentalidad moderna hacia la palabra «acontecimiento» se reflejan en la reducción que se ha producido en la comprensión de la «fe». Al rechazar por prejuicio tomar en consideración el método que Dios ha elegido – un Hecho dentro del tiempo y del espacio – para responder a la exigencia de significado total que tiene el hombre, la mentalidad moderna confunde «sentido religioso» y «fe».” LUIGI GIUSSANI, STEFANO ALBERTO, JAVIER PRADES, *Crear huellas*, pp. 28-29.

El sentido religioso, como hemos visto, es la exigencia de totalidad constitutiva de la razón humana, corresponde a las exigencias irreductibles que estructuran su vida y coincide con el vértice de la razón: podemos decir más bien que sentido religioso y razón son la misma cosa, como búsqueda del significado total e intuición del Misterio presente más allá de la apariencia.

Para el hombre moderno la «fe» no es generalmente más que un aspecto de la «religiosidad», un tipo de sentimiento con el que vivir la inquieta búsqueda de su origen y su destino, lo que es precisamente el elemento más sugerente de toda «religión». Es decir que para la mentalidad dominante en la cultura occidental, y a menudo también dentro del pueblo cristiano, decir: “*creo que existe Dios*”, y decir “*creo en Cristo*” es la misma cosa, y pues Cristo sería sólo una *forma* con que los cristianos viven su religiosidad. En cambio la dinámica de la fe, en la revelación cristiana, es muy diferente.

Mientras que la religiosidad nace de la exigencia de significado que suscita el impacto con lo real, la fe es reconocer una presencia excepcional, que corresponde totalmente a nuestro destino, y adherirse a esa Presencia. La fe cristiana es la memoria de un hecho histórico que consiste en que un hombre dijo de sí una cosa que otros aceptaron como verdadera y que ahora, por el modo excepcional en que me alcanza todavía aquel Hecho, acepto yo también. El acontecimiento cristiano tiene la forma de un encuentro con una realidad física, corporal, hecha de espacio y de tiempo, en la que está presente Dios hecho hombre y que es signo de Él. A través de ese encuentro Jesús de Nazaret se revela como significativo para la vida.

Ese encuentro es *puntual*, histórico, se puede señalar en el tiempo y en el espacio, y lleva consigo la percepción de excepcionalidad que lo hace deseable, en cuanto respuesta a las exigencias estructurales del corazón, y en cuanto se propone como definitivo y totalizador. Así nace la fe, es decir el reconocimiento de la presencia de Cristo. Para que acontezca la fe en el hombre y en el mundo tiene, pues, que suceder antes algo que es gracia, pura gracia: el acontecimiento de Cristo, del encuentro con Cristo, en el que se tiene la experiencia de una cosa excepcional que no puede ocurrir por sí sola.

Esta manera de plantear la cuestión de la fe, resalta otro aspecto fundamental:

la fe no es renuncia a la razón, no es un salto en el ignoto de lo irracional, sino acto de la razón, es un juicio, no un sentimiento o un estado de ánimo. La fe representa el pleno cumplimiento de la razón humana. Se trata de un reconocimiento amoroso, que implica un apego, y provoca en el hombre la petición de que la gracia de ese encuentro domine toda la vida.

LA DIALÉCTICA PRESENTE – PASADO.

Como para los apóstoles el acontecimiento del encuentro con Jesús se entendía en la perspectiva de la historia del pueblo de Israel, por ser cumplimiento de las promesas y de las profecías, así ocurre lo mismo a quien encuentra hoy a Cristo. Se trata de un hecho del presente, un encuentro en el que nace la fe, un acontecimiento que cambia la vida.

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. Benedicto XVI, *Carta Encíclica Deus caritas est*, n.1

El encuentro que tenemos en la actualidad nos permite descubrir el acontecimiento original, el cual, a su vez, fundamenta y decide de la verdad que alberga el encuentro presente, lo explica.

La dinámica del acontecimiento cristiano puede describirse, pues, tanto partiendo del pasado y viniendo hacia el presente, como partiendo del presente y yendo hacia el pasado. Puede sintetizarse mediante las siguientes formulaciones:

a) un acontecimiento del pasado, que pretende tener significado para nuestra vida, puede hallarse en la experiencia de un acontecimiento presente, que es el principio de una memoria cuyo contenido explica completamente el acontecimiento pasado;

b) un acontecimiento presente, que pretende tener un significado definitivo y totalizador para nuestra vida, sólo puede explicarse basándose en un acontecimiento del pasado con el que empezó dicha pretensión, a la que se llega por la memoria del contenido de entonces que se verifica ahora. Es un acontecimiento del presente donde el hombre descubre hoy otro acontecimiento del pasado que pretende tener el mismo significado; de este modo el acontecimiento presente abre y activa una memoria que tiene su contenido último en aquel acontecimiento pasado.

Coro VII

En el principio Dios creó el mundo.

Estéril y vacío.

Estéril y vacío.

Y la tiniebla estaba sobre la faz de lo profundo.

Y cuando hubo hombres, en sus diversas maneras, lucharon en tormento hacia Dios
ciega y vanamente, pues el hombre es una cosa vana,
y el hombre sin Dios es una semilla al viento:
empujado a un lado y a otro,
sin hallar lugar de refugio ni germinación.
Siguieron la luz y la sombra,
y la luz les llevó a adelantarse hacia la luz
y la sombra les llevó a la tiniebla,
adorando serpientes o árboles,
adorando demonios en vez de nada:
clamando por una vida más allá de la vida,
por un éxtasis no de la carne.

Estéril y vacío.

Estéril y vacío.

Y tiniebla sobre la faz de lo profundo.

Y el Espíritu se movía sobre la faz de las aguas,
y los hombres que se volvían a la luz
eran conocidos de la luz,
inventaron las Religiones Superiores;
y las Religiones Superiores eran buenas
y llevaron a los hombres de la luz a la luz,
al conocimiento del Bien y del Mal.
Pero su luz estaba siempre rodeada
y traspasada de tinieblas
como el aire de los mares templados
está penetrado por el tranquilo aliento muerto de la Corriente Ártica;
y llegaron a un fin,
a un fin sin salida removido por un chisporroteo de vida,
y llegaron a la marchita mirada antigua
de un niño que ha muerto de hambre.
Molinos de oración,
adoración de los muertos,
negación de este mundo,
afirmación de ritos con significados olvidados,
en la inquieta arena azotada por el viento,
o en las colinas donde el viento no deja descansar a la nieve.

Estéril y vacío.

Estéril y vacío.

Y tiniebla sobre la faz de lo profundo.

Entonces llegó, en un momento predeterminado,
un momento en el tiempo y del tiempo,
un momento no fuera del tiempo,
sino en el tiempo, en lo que llamamos historia:
cortando, bisecando el mundo del tiempo,
un momento en el tiempo
pero no como un momento del tiempo,
un momento en el tiempo,
pero el tiempo se hizo mediante ese momento,
pues sin el significado no hay tiempo,
y ese momento del tiempo dio el significado.
Entonces pareció como si los hombres
debieran avanzar de la luz a la luz,
en la luz de la Palabra,
a través de la Pasión y el Sacrificio
salvados a pesar de su ser negativo;
bestiales como siempre, carnales,
buscándose a sí mismos como siempre,
egoístas y cegatos como siempre,
pero siempre luchando,
siempre reafirmandose,
siempre reanudando la marcha
por el camino luminado por la luz;
a menudo deteniéndose, vagueando,
perdiéndose, retardándose, volviendo,
pero sin seguir otro camino.
Pero parece que ha pasado algo que no había pasado nunca:
aunque no sabemos bien cuándo,
ni por qué, ni cómo, ni dónde.
Los hombres han dejado a Dios no por otros dioses, dicen,
sino por ningún dios;
y eso no había ocurrido nunca
que los hombres a la vez negasen a los dioses
y adorasen a dioses,
profesando primero la Razón,
y luego el Dinero, y el Poder,
y lo que llaman Vida, o Raza, o Dialéctica.
La Iglesia renegada,
la torre derribada,
las campanas volcadas,
¿qué tenemos que hacer
sino estar parados con las manos vacías
y las palmas hacia arriba
en una edad que avanza progresivamente hacia atrás?